

Salvo que aquí estamos
creando la antirresurrección,
oscuridad hecha carne.

John Connolly,
TODO LO QUE MUERE.

1

No le quitan ojo.

No es la primera vez que lo ven al pasar por el Parque de los Príncipes; desde la primera vez comprendieron que aquel *resucitado* no constituía ningún riesgo, gordito y triste, amarrado al columpio, alzando las manos cuando los ve pasar, casi como suplicándoles que se dejen comer, porque él es incapaz de cazarlos por sí mismo.

No han dejado de beber ginebra en toda la noche, de merodear, de flotar como la penumbra para no atraer la atención de los grupos de no muertos que deambulan por la zona, pero al encontrarse al gordinflón del columpio, los tres chicos se han quedado clavados, muriéndose de la risa.

No sienten el frío.

No saben el tiempo que llevan fuera de los escondrijos que ahora son su casa.

No necesitan otra cosa más que beber a la luz de la luna y olvidarse del desastre en el que han vivido los últimos años.

No puede evitar recoger una piedra y arrojársela a la cabeza al muerto, es la más joven de los tres recolectores y algo tiene que hacer para demostrar que tiene tanto valor como el que más. Sin dejar de pasarse las botellas, se acercan a él, que da un par de pasos hacia ellos, todo lo que da de sí la cuerda; quien quiera que lo atara cuidadosamente por el tobillo seguro que lo conocía, alguien de su familia, quizás esperando que permaneciera allí hasta que se encontrara un remedio para la plaga; debía haber pasado bastante tiempo de aquello, la cuerda y la ropa del muerto estaban en muy mal estado, como de haber permanecido años a la intemperie. Además, andaba con gran lentitud; todo el mundo sabía que mientras más tiempo llevaran en aquel estado más torpes eran sus movimientos.

No descubre sus intenciones hasta que es demasiado tarde; cuando sus compañeros se dan cuenta, ya ha cortado la cuerda

del cadáver con un solo tajo de su navaja. La chica mira a los otros dos, desafiándoles a que reprochen su acción, pero ellos solo responden con gritos y risas. El muerto, como incrédulo, tantea el terreno hacia el más próximo de los recolectores, vuelve a elevar los brazos, abre la boca para enseñar las ruinas de sus dientes, las encías ennegrecidas, y por un momento parece haberse vuelto mucho más peligroso, pero uno de los chicos le pone la zancadilla, el otro lo empuja y al momento está de bruces sobre la hierba fangosa.

No puede levantarse; con la cara enterrada en el césped, manotea como una tortuga con el caparazón al revés mientras los recolectores lo patean y se pasan la botella para celebrar lo poco que les ha costado reducirlo, lo patean y se pasan la botella. Cada vez con más rabia, porque ya no es solo el gordito del parque, es todos los putos muertos que han tomado aquella zona de Sevilla, los barrios en los que se criaron, y de los que deben huir continuamente.

No para de reírse ni de golpearle otro de los muchachos mientras se sube encima del muerto y juega a follárselo al ritmo de los golpes y las risas de los demás.

No puede ser menos la chica más joven, le duelen las piernas y las manos de golpearle, pero no le parece suficiente; piensa en buscar una piedra para machacarle la cabeza, pero se le ocurre algo mejor, algo que no superará ninguno de sus amigos. Dejándose caer de rodillas junto a la cabeza del *resucitado*, se acerca a él como si fuera a besarle en la nuca, oculta la cara en su cuello y cuando levanta la cabeza tiene entre los dientes la oreja que le ha arrancado de un mordisco al no vivo, los labios embadurnados del líquido negro que fue su sangre, los ojos con aquella expresión de triunfo.

No dicen nada los otros dos, pero las risas se les han congelado y poco a poco dejan de golpear y de gritar; solo se pasan la botella, evitando mirar a la chica que los escudriña uno a uno y evitando mirarse entre sí.

2

Un momento después de comprender que no volvería a enlazar el sueño, el teniente Trespalacios ya está de pie junto a la ventana, la frente contra el cristal, metiéndose la noche por los ojos.

Lo peor es lo que somos desde que los muertos se han levantado.

Mira las calles, aislado en el sexto piso, lo que queda de esta Sevilla sitiada en su mayor parte por barrios de *resucitados*, la capital que intenta fingir que nada ha pasado, que es posible la vida junto a la no vida.

En una ocasión llegó a la ciudad en helicóptero tras unas de sus misiones. Mucho antes de tomar tierra, el correoso pestazo de la nube negra de contaminación que envuelve la ciudad ya había convertido en irrespirable el ambiente de la nave. Los basureros solo pasan una vez a la semana, así que las montañas de desperdicios se han convertido en el elemento unificador de todos los barrios de todos los estratos sociales.

Los soldados patrullan continuamente en sus vehículos de combate, con el uniforme y el rostro camuflados de negro, como si aterrizar a los ciudadanos ayudara en su lucha contra los cadáveres que surgen, voraces, de cualquier sitio.

La gente procura quedarse en sus viviendas siempre que puede y, sin embargo, las calles siempre están atiborradas de transeúntes: los cientos de miles de refugiados que han ido llegando de otras provincias devastadas andan sin rumbo en busca de un rincón que los acoja y casi nunca lo encuentran y terminan montando una casucha con cuatro cartones o echándose a dormir debajo de cualquier balcón.

En los inicios de la ley marcial, tras las primeras oleadas de la *Resurrección*, la Junta Militar declaró el *toque de queda* como una de sus primeras medidas para garantizar la paz ciudadana, pero rápidamente tuvo que retractarse: había tanta gente para la que las calles era su único refugio que resultaba imposible mantenerlas vacías por la noche.

Las plazas, las azoteas, los sótanos; y los pasillos, los patios, las despensas, los lavaderos, todo. Cualquier espacio era aprovechado

para alojar a los refugiados de las ciudades que habían caído bajo el poder de los muertos. Aún así, hay un gentío inconmensurable obligado a permanecer continuamente en movimiento; vagabundos para siempre, ancianos, enfermos, niños pedigüños solitarios tirados en una esquina u organizados en bandas que con frecuencia terminan enfrentándose entre sí.

A menudo los avituallamientos se retrasan y las tiendas quedan desabastecidas durante días y días; resurgen las grandes colas para obtener comida, vuelven las cartillas de racionamiento y las Brigadas de Contención se ven obligadas a abrir fuego para proteger las *cantinas de sopa*, que en muchos casos son la única fuente de alimentos para la población.

Y en todos, en todo, está presente el miedo que rige cada acto, y que se puede ver en los blindajes artesanales de algunos coches —últimamente se han suavizado las restricciones de combustible, pero no se puede predecir hasta cuándo durará esta situación—, en las rejas que la mayoría ha instalado en sus ventanas y en los ojos de todos los que están obligados a permanecer fuera de casa.

Hay un graffiti con la virgen María portando un kalashnikov.

Trespalacios se dice que debería estar contento allá arriba, a salvo, pero no se explica porque sigue empujando el cristal mojado por la lluvia con más y más fuerza, desesperado por una última oportunidad de hundirse y escapar buceando de todo aquello.

3

No había perdido la esperanza de recibir una *crisofonía* más.

El tipo del bigote llevaba toda la noche paseando desnudo por la sala del hospital, murmurando oraciones y acariciándose la polla con un largo clavo oxidado; desde hacía una media hora estaba plantado al pie de la cama del *médium*, que solo quería el visto bueno del Creador, una última *crisofonía*, para partírlle el cuello y tirarlo debajo de su cama, donde no tuviera que volver a verlo. Pero sabía que ni así se libraría de él. En este mundo en que le había

tocado vivir y morir y volver a levantarse, los muertos no guardan silencio. Dios sí.

Para recordárselo, el anciano de la cama de al lado redobló sus esfuerzos por librarse de las correas; por suerte, sor *Culogordo*, sabiendo que su fin estaba próximo, lo había amarrado, amordazado y cubierto con una sábana al comienzo del turno de noche. No sabía si en las horas transcurridas desde entonces continuaba vivo o había fallecido y era ya una de aquellas cosas.

Había escuchado que un analista denominaba ese estado como *Síndrome Neurológico Contradegenerativo*; poco más allá habían llegado los avances de la clase científica.

Eran las cuatro de la mañana.

El médium miró otra vez la bolsa de suero conectada con la aguja de su brazo y el apósito cubriéndole el mordisco del hombro que terminaría costándole la vida e intentó olvidarse del tipo del bigote y de su puntilla.

El resto de los enfermos que ocupaban las doce camas de aquella sala secreta en los sótanos de la Clínica de Lourdes estaban más o menos dormidos, cada uno en una fase de su agonía particular, solo igualadas por el fin que más tarde o más temprano les esperaba a todos. Dependiendo de su respuesta inmunológica, los cócteles de antibióticos que les administraban allí podían prolongar su existencia desde unos minutos a unos meses, no más. No se había conocido el caso de nadie infectado por un no muerto que sobreviviera ni siquiera un año una vez producido el contagio.

Descartando cualquier posibilidad de atrapar el sueño, el *médium* abre los ojos.

Sin contar con su aprobación y solo movilizándolo todas sus influencias, habían logrado los responsables de la *Fraternidad* a la que pertenecía ingresar en aquella unidad anónima y oculta del hospital. La ciudad estaba demasiado colapsada por la amenaza de los *resucitados* para permitirse una red asistencial de este tipo; a los contaminados se les hacía desaparecer piadosa y discretamente, como hubieran hecho con él una semana atrás, cuando se distrajo lo suficiente para que aquella fiera acabara con todas sus esperan-

zas, ahora que a él y a los suyos les quedaba tan poco para salir del purgatorio.

Mira a su alrededor y se pregunta una vez más si merece la pena alargar su vida a cambio de pasarla en aquel pozo.

La puerta se abre y aparece sor *Culogordo* aureolada de luz enfermiza y de olor a cuña picada y a guisos putrefactos sin sal. Pero no viene sola. Tres figuras entran en la sala detrás de ella.

Todos se dirigen hacia la cama del *médium* y este reconoce inmediatamente a la chica que mueve trabajosamente los bastones en su dirección; sabe que tiene muchos más, pero no parece haber llegado a los veinte años ni al metro sesenta de estatura. Sus piernas deformes tienen una longitud normal, aunque su torso aprisionado por un corsé ortopédico es el de una niña, así como su rostro y la mayoría de sus gestos.

La chica espera a que la monja se lleve al tipo desnudo del bigote para acercarse a la cama del *médium*, que no puede evitar que le tiriten las palabras.

—Doña Teresita...

—... —Ella no responde; sus dos acompañantes, el sacerdote y el otro, permanecen a un par de metros de distancia pero alertas a cualquier amenaza.

—A esta hora... no tendría que haberse molestado —continúa el *médium*.

—¿Creías que no volverías a verme?

—Yo no...

—Acabo de enterarme.

—...

Los dos bajan la cabeza.

El sujeto de la cama de al lado no deja de forcejear contra las correas.

Por fin habla la muchacha.

—Tienes que seguir ayudándome.

El *médium* no pierde el tiempo en responder. Ya está arrancándose el catéter del brazo para levantarse.

4

El teniente Rafael Trespacios se vuelve velozmente, no sabe si han sido primero los gritos o los sonidos de vidrios rotos. Ni los meses de hospital ni la media hora pasada en la acera bajo el frío de diciembre esperando que aparezca el patrullero que lo llevará a comisaría han disminuido sus reflejos.

A unos pocos metros, el sospechoso, aún no sabe si está vivo o muerto, sale de espaldas del bar, torpemente, trastabillando tanto que el policía acaba sacando la pistola y quitando el seguro; enseguida lo vuelve a colocar, la guarda en su funda con toda seguridad. Conoce de sobra a los *resucitados*, por borracho o enfermo que se encuentre aquel tipo, ninguno de ellos coordina así sus movimientos. Cuando se da la vuelta, comprueba que es un indigente con un pasamontañas que termina llevándose su perturbación en dirección contraria.

Todavía con la mano en la culata, lamenta en lo más hondo que no se tratara de uno de ellos, la oportunidad perdida de reventarle la cabeza.

Ahora ha vuelto a Sevilla. Aunque la ciudad está tomada en sus tres cuartas partes por una multitud incontable de *resucitados* precariamente contenidos por el río y por los muros levantados por los zapadores del ejército, y en la semana que lleva recorriendo estas calles a la espera de incorporarse a su puesto ha tenido ocasión de observar toda clase de incidentes —madres devorando a sus hijos o establecimientos llenos de gente normal que caían en minutos bajo el dominio de los muertos—, esto no tiene nada que ver con la vida diaria en los frentes donde ha pasado los últimos dos años, con la satisfacción de cargarse cada día a docenas de aquellos monstruos.

Otros muchos soldados como él se habían vueltos adictos a eliminarlos. Tras un episodio que estuvo a punto de costarle un consejo de guerra, un psicólogo le había dicho que aquella alegría por matar a otros seres humanos, vivos o no, tenía una vertiente patológica. Él no prestó mucha atención al diagnóstico ni discutió con el psicólogo; no podía concebir que un tipo que en su vida había salido a las calles a partirse el alma contra aquellos seres, que no los

hubiera tocado, olido y saboreado como él, comprendiera lo que se sentía allá fuera.

Fraternidad Juramento, puede leerse en una fachada, con grandes e irregulares caracteres pintados a mano; no conoce a nadie que pertenezca a aquella agrupación ultracatólica —no conoce a nadie—, pero su presencia es cada vez más ostensible por toda la ciudad.

El sol debía de estar ya alto, pero una densísima masa de nubes mugrientas, veteadas por una cantidad indeterminable de roñosas texturas, que amenaza con descomponerse en un asqueroso y grasiento alud de un momento a otro, oculta casi por completo su luminosidad.

Unos metros más allá, la gente grita *muerto* o *resucitado* al paso del mendigo del pasamontañas que sigue avanzando pero apenas puede con su cuerpo.

El patrullero que debe recogerlo se está retrasando. Se siente algo intranquilo por volver a su viejo oficio de policía después de haber sido apartado de él para servir estos años en el ejército, aunque el comisario le había asegurado que pasaría dos o tres semanas como observador antes de ocupar su puesto en homicidios de forma efectiva.

Se toca la frente, el frío parece penetrarle por el agujero de bala; durante un tiempo intentó dejarse crecer el pelo para ocultarlo a los demás, pero no había forma de camuflar aquella cicatriz, así que volvió a raparse; ahora se afeitaba el cráneo y la barba una vez a la semana y que pensarán lo que quisieran.

Otra vez los gritos en la dirección por la que se fue el indigente. Cuando se vuelve, aquel desgraciado ya está en el suelo. No dejan de salir albañiles de una construcción cercana que, entre risotadas, estampan picos y palas sobre su cabeza.

Trespalacios está a punto de avisarles de su error, correr hacia ellos, decirles que aquel hombre estaba vivo. Pero ya no lo está. Ahora sí le han fallado los reflejos o la motivación; preservar la vida le interesa casi tan poco como la no vida.

Los obreros se ríen, lanzan sus golpes contra la masa sanguinolenta y bromean como si hubieran cazado una cucaracha especialmente escurridiza.

Algunos transeúntes se apartan, asustados; otros se persignan y se apresuran por llegar a su destino para regresar a casa lo antes posible. Los demás, ni eso.

El día empieza tan mal que no empieza.

5

—Creo en el espíritu santo caído entre nosotros, en la Nueva Santa Iglesia Católica de los Muertos, en la última comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna, amén.

Piensa o murmura el hombre mientras se seca las lágrimas y termina de cerrar el portón de la iglesia para salir a una calle menos fría y menos oscura donde no acaba de amanecer.

Ha tenido mucho cuidado de no mirar lo que dejaba detrás.

El niño amarrado de pies y manos alrededor de la pila de agua bendita habría llegado a cumplir nueve años en unos días si no lo hubiera ahogado unos pocos segundos antes. La capucha negra con la que le cubrió la cabeza antes de sumergírsela sigue agitándose aún.

Sobre la espalda desnuda le ha grabado a punta de punzón la palabra *Canaán*. Lo ha hecho con tanto mimo y cuidado que parece un mensaje de amor.

Los sonidos surgen de forma natural, como si ya estuvieran ahí desde hace mucho tiempo. Es un *chop* o un *frop*. La cabecita chapotea en el agua consagrada a un ritmo irregularmente constante. Las manos y los pies atados a los relieves del vaso y el pie de la pila también despiertan.

El día empieza tan mal que no empieza.

En la nave vacía, los sonidos se repiten y se multiplican, pero el cuerpecillo no parece tener prisa. Ya ha llegado a donde correspondía.

Canaán.

Tierra prometida.

6

Aunque se ha clavado lo que se ha clavado en la vena, le ha costado tanto dormirse que no quiere mover un músculo, a pesar del calor y el fulgor que atraviesan sus párpados cerrados como si la buscaran allá dentro, en el lugar donde por fin ha logrado refugiarse; cuando los abre, descubre que la mesa camilla y todo lo que había dejado sobre ella está ardiendo.

El día empieza tan mal que no empieza.

Artizar se alegra de haber dejado el cubo de la fregona, como sus buenos propósitos, a medio vaciar el día anterior. Con el contenido, logra apagar la mayor parte de las llamas. Después arranca la pesada cortina y la usa para sofocar el resto.

Justo entonces recuerda que lo que había sobre la mesa junto a la vela —malditos cortes de suministro— que ha provocado el incendio es el álbum de fotos de la familia, del que apenas quedan cenizas y un bloque negruzco. Las últimas fotografías que conservaba del cabrón de su marido y de su hija. Solo se permitía abrirlo cuando volvía a casa de madrugada dando camballadas, cuando nadie, ni siquiera ella misma, era testigo de lo mucho que echaba de menos esa antigua vida de la que debía renegar delante de todos. Las fotos eran como fagonazos de otro tiempo, las últimas, y ahora los había apagado para siempre.

Como si no le importara en absoluto, comprueba que dentro del bolsillo de la chaqueta siguen la jeringuilla, la goma, la cucharilla y la *papela*. Se repite una vez más que una cosa es ser una heroinómana y otra cosa es ser ella, que solo se la ha metido siete veces en toda su vida, eso sí, todas en el último mes; pero porque estaba de mala racha. Puro uso terapéutico y, en algunos casos, profiláctico.

Nada en el mundo podía interesarle menos que el sonido del móvil dentro del bolsillo del pantalón; cuando al fin se decide a desplazar la mano para cogerlo, con la vista puesta en los restos de la fotografía, está a punto de desviar el gesto hacia la pistolera para meterse una bala, pero termina sacando y abriendo el teléfono.

—... Sí.

—... ¿ Artizar Ansuategui?

—... Sí —responde la detective, aún no muy segura de haber elegido el artefacto correcto.

—... Buenos días, le llamo desde la Archidiócesis de Sevilla, soy José Saliente, secretario de Su Eminencia. Perdona que, ante todo, le haga una pregunta, ¿estaría usted disponible en este mismo momento para aceptar un servicio?

—... ¿Qué clase de servicio? No hago domicilios ni tríos, se lo advierto.

—... Una investigación —no dándose por enterado de la broma— alrededor de un asesinato. Aunque en principio se trataría más bien de una labor de información.

—... Supongo que sí —responde la mujer tras dudar un momento; teniendo en cuenta sus antecedentes, la iglesia era el último cliente que esperaba tener en toda su vida—, siga.

—... Esta misma mañana ha tenido lugar un terrible crimen en la parroquia del Auténtico Martirio, hace muy poco tiempo, de hecho las autoridades acaban de llegar. Usted fue policía antes que detective particular, necesitamos que hable con ellos y nos cuente sus hipótesis, cuáles van a ser sus líneas de investigación... en fin, todo de lo que pueda enterarse. ¿Podría dirigirse hacia allí en este mismo momento?

—... No hay problema.

—... Perfecto. La llamaré a lo largo de la mañana y nos reuniremos para hablar de todo esto. Buenos días.

—Buenos días.

Mira los residuos de sus fotos, el humo que llena el salón, la casa llena de fantasmas en un mundo de muertos vivientes. Piensa en que lleva dos días sin acostarse ni cambiarse de ropa. Recuerda.

No hay problema, se repite.

7

—¿No te parece raro?

—Lo que me parece raro es que hayas aprendido a hacerte el nudo de los zapatos —le responde Chokos a su acompañante sin mirarlo; ha

tenido suerte con los dos compañeros que forman junto a él la unidad de *amortajadores*: uno era basurero y el otro vigilante jurado antes de la *Resurrección*, gente poco fogueada a los que manejaba sin resistencias.

—¿Llamamos de nuevo a base? —le pregunta el otro, que tampoco se atreve a salir de la furgoneta.

—No, no llamamos de nuevo a ningún sitio. Ya nos han confirmado la dirección y nos han dicho que la demanda tiene horas de demora. No me extrañaría que se hayan llevado al muerto para tirarlo a cualquier basurero.

Pero no es normal que no haya nadie esperándoles en la puerta o que no se vea circular absolutamente a nadie en aquella calle tan transitada de Felipe II, nadie en balcones ni ventanas, nadie en las tiendas, nadie.

—Vamos —decide Chokos, cansándose de que no salgan a recibirles.

Salen de la furgoneta, azul oscuro como sus uniformes, y cruzan la carretera para entrar en el portal. Nadie.

—Está bien, vamos a lo nuestro —Chokos—, yo voy directamente al piso del que nos han llamado, el tercero izquierda. Fali —al antiguo basurero— ve llamando a los primeros pisos, a ver si te enteras de quién nos ha llamado y te dicen algo. Tú —al más joven, que es quien lleva el tubo con el lazo—, súbete hasta el último piso y luego ve bajando y haciendo lo mismo que este. Si os necesito, os llamo al walkie, mantenedlo en abierto.

No es habitual que los equipos se separen en medio de un servicio, pero Chokos prefiere trabajar solo, nunca se sabe con lo que se puede arramplar en estos tiempos.

Se dirige a las escaleras sin esperarles ni mirar a los ascensores que, con los frecuentes cortes de energía, pueden convertirse en una trampa mortal en cualquier momento.

Los *amortajadores* son el nuevo servicio de emergencias creado tras la *Resurrección*, uno de los más solicitados; unidades armadas dependientes del ayuntamiento creadas para neutralizar y retirar los cadáveres reanimados a petición de familiares, vecinos y testigos. De la inmediatez de su intervención depende que se generen o no la inmensa mayoría

de los brotes de contagio, pero es tanta la demanda, que no es excepcional que a su llegada haya en pie más de un muerto infectado por el primero. En esos casos, tienen orden de pedir refuerzos al ejército para evitar cualquier clase de propagación.

Aunque Chokos tiene sus propias normas.

Cuando llega al tercero izquierda encuentra la puerta entreabierta. Charco rojizo en el suelo. En vez de sacar el revólver, extrae de una funda que se ha cosido en el uniforme a la altura del muslo una pesada barra de acero de unos cuarenta centímetros de longitud; quiere reconocer el terreno y ver si puede llevarse algo de valor de aquella casa, no le interesa hacer ruido; además, según le han informado desde el centro de comunicaciones, la fallecida era una anciana que residía junto a una hermana de la misma edad. Aunque se hayan convertido, la situación no tiene por qué ser comprometida.

La decoración del comedor es modesta y antigua, pero algunos detalles como la madera de los muebles le hacen pensar que aquella gente no está acorralada por la pobreza, puede merecer la pena mirar con atención. En el pico de una mesa de cristal encuentra más sangre que se prolonga en reguero hasta el suelo y desde allí a la puerta. Nada más. Con aquellas evidencias puede hacer una primera hipótesis de *vieja que medio se desnuda al caer contra la mesa pero logra incorporarse hasta llegar a la puerta de la calle y pedir ayuda antes de morir*. A partir de ahí, sería especular en falso.

Sigue sin escucharse un solo ruido.

Abriendo y cerrando cuanto cajón encuentra a su paso, llega hasta uno de los dormitorios, la habitación de una anciana que sigue siendo una cría, con una casa de muñecas y un montón de peluches al pie de la cama. A Chokos lo único que le interesa es la cómoda, es allí donde suelen guardar los objetos de valor; nunca se lo lleva todo, es demasiado inteligente para dar lugar a que los familiares lo denuncien, solo lo suficiente para buscarse un sobresueldo.

Tiene cuarenta y ocho años, ha sido expulsado del ejército y de la policía en etapas de su vida que no quiere recordar. Sabe que aquel es su último regreso a las fuerzas de orden público y quiere irse con el bolsillo repleto cuando lo vuelvan a expulsar.

En el primer cajón, encima de la ropa interior, como si le hubieran preparado una ofrenda, encuentra un sobre con el membrete de la iglesia del barrio, la Parroquia de la Virgen de la Tercera Oportunidad, y la palabra *Canaán* escrita a mano. No tiene que abrirlo para saber lo que contiene; el día anterior, en un domicilio de una calle muy cercana, encontró un sobre idéntico, lleno de dinero y joyas. Solo tiene que tocarlo para comprobar que este también lo está.

El ruido a su espalda lo sorprende con el sobre en la mano.

Una mujer de unos ochenta, sonrosada somnolienta, con el pelo blanco sedoso y un pijama de punto azul celeste, con un anticuado audífono en la mano, tan asombrada que le cuesta unos segundos articular su voz de alarma...

—¡Paquita hay un ladrón! ¡Enciértrate en... ;

... los que tarda Chokos en tomar la única decisión posible.

Saca y amartilla el revólver para dispararle en pleno rostro. Después lo vuelve a guardar muy despacio en su funda.

El día empieza tan mal que no empieza.

Le bastará con decir que se había convertido, que quizás había fallecido de un infarto a causa de la impresión por el accidente de su hermana, da igual. A estas alturas, las autopsias solo se llevan a cabo en casos muy excepcionales y nunca a los validados por la firma de un amortajador.

Mala suerte, abuelita.

Dobla en dos el sobre y se lo guarda en el bolsillo interior; es muy extraño lo de Canaán y el dinero, pero ahora no tiene tiempo más que de abrir el walkie y llamar a sus compañeros que deben de haber oído el disparo.

—... Fali, Paco, ¿Me escucháis? Cambio.

—....

—... Fali, Paco para Chokos. Cambio.

No se escucha nada en el transceptor, pero mucho más sorprendente es que no se perciba ni una sola voz ni un ruido a su alrededor como reacción al disparo. Con la barra de acero en la mano, cruza el piso y sale al descansillo de la escalera. Por el hueco no ve nada pero enseguida escucha unos pasos que suben, pasos irregulares y atropellados que reconoce inmediatamente.

Se asoma al pie y ve a un *resucitado* que intenta acostumbrarse a su nueva condición al mismo ritmo que sube cada escalón. Es el cadáver de un viejo al que le han arrancado la mandíbula inferior pero manotea vigoroso, bastaría un arañazo para contagiarle.

En ese momento baja su compañero de las plantas superiores; le basta una mirada de reojo a su uniforme azul marino para saber de quién se trata, no quiere apartar los ojos del muerto que ya está muy cerca, en los primeros momentos de su conversión es cuando se muestran más imprevisibles.

—Paco, tenemos unapestoso que sube. Yo he abatido a otro, dame el lazo y alerta a la sala de comunicaciones.

—...

—¿Paco?

Cuando mira hacia atrás descubre que su compañero, muy próximo, ya está muerto y que no viene solo.

8

Mientras Trespalacios cruza la sala de detectives camino del despacho del comisario tiene oportunidad de echar un ojo al turno de investigadores que acaban de incorporarse al servicio y que en unos días estarán bajo su mando. A uno le falta un brazo, a otro una pierna, una mujer amarillenta y con cara de no aguantar un momento más sin desplomarse mira hacia otro lado cuando los saluda y los otros tres son tan viejos que dan ganas de cambiarles las pistolas por unas fichas de dominó; si a esto le unimos que el comisario va en silla de ruedas y a él le metieron una bala en la cabeza que le atravesó el cerebro, las aptitudes de la plantilla no podía ser más satisfactorias.

Desde que la policía fue militarizada, todos los efectivos prescindibles —en momentos como aquellos, cualquier imbécil con uniforme y pistola de guardia en una esquina era mucho más importante que el más cualificado de los detectives— considerados aptos para la confrontación física fueron trasladados al frente, de manera que las

distintas brigadas se fueron llenando de inspectores y subinspectores de las mismas características a los que acababa de ver.

Para terminar de desorientarle, la comisaría de la avenida Blas Infante, donde Rafael Trespalacios prestaba sus servicios antes de que lo movilizaran, está ahora en lo que llaman el *Sudario*, la zona dominada por los muertos, como todo lo situado a ese lado del río Guadalquivir, y este cuchitril de la comisaría de la avenida Cruz del Campo se ha convertido en la nueva Jefatura Superior de Policía; el día aún no ha empezado y solo quiere que termine lo antes posible.

Al fin llega al despacho que busca y una administrativa de quince o dieciséis años lo hace pasar al interior sin preguntar.

Parece que lo espera el comisario Marán, un tipo de unos cuarenta y tantos, fuerte y nervudo, con un poblado bigote rubio enlacado que se le acerca manejando la silla de ruedas con una mano para darle un apretón con la otra.

—Comisario.

—Coronel, Trespalacios, coronel —con media sonrisa que le tuerce el bigote—, desde que fuimos reconvertidos, ya no soy comisario sino coronel y usted no es inspector de segunda, sino teniente. Y los dos somos unos militares de mierda.

—Cierto.

Su superior vuelve a la mesa y sube el volumen del transistor que tiene sobre una montaña de papeles; nunca había trabajado a sus órdenes, pero conocía su trayectoria de policía cabrón y listo como el hambre truncada por la bala en la espalda que lo quitó de la circulación. Ahora los dos estaban de vuelta.

—¿Se ha enterado de lo de Lisboa? —El coronel señala la radio.

—No.

—Ha caído. Esta misma noche. El gobierno se ha trasladado a Coimbra.

—¡Joder! ¡He escuchado las noticias antes de salir y no han dicho nada!

—Ya, por eso tengo la radio puesta, pero nada. Esos maricones procurarán retrasar la noticia todo lo posible. A mí me lo ha dicho

un amigo por teléfono —apaga el aparato y revuelve algunos papeles antes de seguir hablando.

Rafael aprovecha para volver a levantarse y quitarse el chaquetón militar, hace calor allí. Debajo lleva vaqueros y chaqueta y corbata negra. No quiere reconocer lo importante que aquel día resulta para él, pero se ha pasado más tiempo de la cuenta eligiendo su indumentaria.

—Usted que ha estado en vanguardia, ¿cree que... ? —aunque se ha pasado casi un minuto con el papeleo, Marán sigue con el mismo tema.

—Van a ganar —responde despacio el teniente, no quiere hablar de aquello pero cuando empieza, le cuesta parar—. Podremos contenerlos más o menos tiempo, pero tarde o temprano nos vencerán. No se engañe, el frente no está en los mapas que sacan en televisión, hay un millón de millones de frentes, cada casa, cada calle es susceptible de convertirse en uno. No hay ejército en el mundo capaz de enfrentarse a un enemigo así.

El coronel asiente, y piensa, y vuelve a asentir. Después busca un documento y cuando se lo entrega a su subordinado ya parece completamente dispuesto a conducirse como si aún existiera algún futuro.

—Su nombramiento, efectivo a partir de hoy —y un segundo folio con unas líneas escritas a mano— y su primer servicio.

—¿A partir de hoy? Quedamos en que me pasaría unas semanas como observador hasta ponerme al tanto de...

—Ya sé, ya lo sé. Le dije que se pasaría un tiempo trabajando junto al teniente García para reciclarse y que después comandarían por turnos la brigada de homicidios. Pero hay cambio de planes. Al teniente García se lo comieron ayer en el hospital de Valme entre dos enfermeras y un celador —golpea suavemente la mesa con los nudillos—, así que solo le tengo a usted.

No sabe si decirlo o no, Trespalacios va tragándose frase tras frase hasta que se sorprende hablando sin saber cuándo ha tomado la decisión de hacerlo.

—Coronel, yo no sé si estoy en condiciones de...

—No me lo diga, Trespalacios. No quiero saberlo, o mejor dicho, me importa un carajo. Ya me imagino que no se recupera uno en tres días de una bala en la cabeza. No le habrían enviado de vuelta si no fuera así. Pero lo prefiero a usted trabajando a un treinta por ciento de su capacidad que a cualquiera de los de ahí fuera trabajando al cien por cien. Tampoco yo tengo donde elegir.

—...

—¿Me ha entendido?

El teniente se encoge de hombros como si a partir de aquel momento no se hiciera responsable de las consecuencias.

Pero se guarda el nombramiento en el bolsillo e intenta descifrar la otra hoja.

—¡Hostias!

—Efectivamente, niño de ocho años ahogado en una pila de agua bendita. Lo encontré el sacristán esta mañana al llegar. Lo conocía, era hijo de una feligresa del barrio. El sargento Bonifacia ya se encuentra allí, él le dará más información.

—¿Bonifacia?

—¿Lo conoce? Pues lo siento también —con otra media sonrisa.

Se pone de pie, recoge el chaquetón pero no se va.

—Coronel, hay algo que no entiendo. Si voy a hacerme cargo de todo, ¿no debería quedarme aquí poniéndome al día de todas las investigaciones en curso?

—Debería, pero eso tendrá que esperar. Mire —afilándose la guía del bigote—, en estos tiempos de fundamentalismo religioso, ¿sabe las consecuencias que puede tener un asunto así? Tengo detrás de la oreja a la archidiócesis y al gobierno militar. Poco me ha faltado para acercarme yo mismo a esa iglesia. Vaya y ándese con ojo. Se va a encontrar aquí un mundo muy distinto al que dejó

—...

Esta vez sí se dirige a la puerta cuando vuelve a hablar el coronel.

—Lo peor no son los putos muertos, lo peor es la gente: ya nadie tiene nada que perder, a nadie le importa nada ni le preocupan las consecuencias de sus actos... el fin del mundo ya se produjo, esto es lo que vino después.

9

En el descansillo, Chokos se encuentra en medio del viejo sin maxilar que sube a por él y de su compañero muerto que baja las escaleras a toda velocidad seguido de unas sombras por identificar.

Mal asunto.

Está claro que debe olvidarse del viejo, porque Paco es mucho más fuerte y ha debido llevarse al otro mundo, y traérselo de vuelta, gran parte del odio que acumulaba contra él, a juzgar por las ganas con las que le busca la cara. Con el mismo movimiento con el que se vuelve y se agacha, saca el revólver y le dispara en el pecho, sabe que no va a acabar con él si no le da en la cabeza, pero lo tiene encima, no tiene tiempo de apuntar y el impacto de su Smith & Wesson 625 debe bastar para derribarlo y darle unos segundos de ventaja.

El estruendo en las escaleras le deja medio sordo, la cadera derecha, que viene dándole problemas desde hace años, le duele por haberse agachado tan bruscamente, tiene al viejo sin mandíbula a su espalda intentado abrazarlo y su compañero ha absorbido el balazo sin llegar a caer al suelo.

Pero lo ha hecho retroceder lo suficiente para darle tiempo a borrarle el cerebro con un segundo disparo que lo arroja contra otros dos vecinos no vivos que también vienen a destriparle. Lo peor es que con él se van las llaves de la furgoneta y las posibilidades de usarla para salir a mil de aquel barrio. Chokos vuelve a girar, *puta cadera*, y le entierra la barra en el cráneo al viejo que tenía detrás; después le da una patada que lo arroja por encima de la barandilla, nunca se sabe.

Otra vez la vuelta y los vecinos ya son cuatro o cinco o más y se han quitado de encima el estorbo de su compañero.

Esto no es normal, la gente toma precauciones, el mundo entero está paranoico, no es frecuente encontrarse un brote tan extendido en tan poco espacio de tiempo.

Le quedan cuatro balas.

Alza el arma y resuenan tres detonaciones. Aunque una falla, dos de aquellas fieras caen al suelo obstaculizando el paso de los demás, pero por el ansia con el que vienen, será solo un segundo.

Lo mira enloquecido uno de ellos; un chico de unos veinte que viene masticándose sus propios dedos para entretener un hambre de heredada de siglos que le hace adelantar la cabeza, comérselo con los ojos, desearle la carne con cada aliento de su no consciencia.

Chokos se lanza escalera abajo a toda velocidad, tiene solo una bala en el cargador, debe salir de aquella ratonera cuanto antes.

Mientras baja no puede recargar el revólver pero sí puede pedir ayuda por el walkie.

—... Aquí A—50 para sala de comunicaciones, es urgente, cambio.

—...

—... Aquí Chokos para sala, hostias, cambio.

—...

La sala no responde, los pasos a su espalda se perciben muy cerca y el ajeteo que escucha en el portal le hace temer lo peor.

Lo intenta por última vez sin dejar de bajar los escalones de cinco en cinco. La cadera, la cadera, la cadera.

—... Me cago en la puta, soy Chokos, estoy en el servicio de Felipe II y se ha producido un brote masivo, al menos uno de los otros amortajadores ha caído y necesito apoyo inmediato de una o varias Brigadas de Contención...

En el zaguán hay cuatro *resucitados*, sin contar al que se está comiendo las tripas de su otro compañero.

—... cambio —finaliza la comunicación.

Más monstruos andan por la calle, aquello es una pesadilla dentro de la gran pesadilla en la que se despiertan cada día.

Los que bajan detrás de él están muy cerca.

Los cuatro muertos de la entrada lo han visto y uno de ellos, el más cercano, sube ya la escalera, voraz, y se tira a por Chokos.

Que tiene una última bala para él.

No, no la tiene.

El sonido metálico del martillo del revólver le recuerda que no ha tenido en cuenta la bala que gastó en la puta vieja del tercero.

—Apestoso de mierda.

La bestia ya está encima, así que se agarra a las barandillas y desde su posición algo más elevada, lo alcanza con una doble patada en la barbilla que lo hace bajar los escalones y lo deja boca abajo en el suelo.

No sabe si le ha roto la cabeza; cuando los golpeas nunca sabes si el impacto ha sido suficiente, si volverán a alzarse una y otra vez contra ti.

No puede retroceder ni pararse ni huir, el sudor le cubre todo el cuerpo y el rechinar de la cadera le parece audible hasta para aquellos seres.

10

Tantos meses después de que todos los abandonaran, o los dieran por muertos o por peor que muertos, los prófugos que se esconden en Virgen de la Fuensanta están más que acostumbrados a que los miles de *resucitados* que hormigúean por aquella parte de la ciudad se acumulen hambrientos ante los muros con los que han atrincherado su calle e incluso que trasteen con la cancela de hierro que instalaron cuando aún les quedaba algo de esperanza de salir de allí algún día. Pero ver como unas hojas de cizalla penetran entre los barrotes y cortan limpiamente el candado tiene el mismo efecto sobre las dos chicas que haraganean en la calle que si una nave espacial hubiera aterrizado junto a la peluquería.

En su mayor parte, Sevilla era una ciudad cercada por los muertos.

Cuando al fin tomaron conciencia de que se encontraban ante una plaga que podría acabar con la humanidad tal y como la conocemos, varias semanas después de que se manifestara la *Resurrección*, el Mando Único Europeo ordenó concentrar sus recursos militares en los grandes núcleos urbanos, a los que deberían dirigirse los habitantes de las poblaciones más cercanas. Sevilla se fue convirtiendo día a día en un enorme campo de refugiados que ocuparon, de forma apenas controlada, hasta el último metro cuadrado habitable disponible. Muy poco tiempo después cayeron Huelva y Córdoba bajo el dominio de los monstruos, a los pocos días Badajoz; el éxodo hu-

mano que se cernió sobre la capital de Andalucía constituyó una de las migraciones más gigantescas, caóticas y sangrientas de las que se haya tenido noticia en la historia.

La cancela de la calle Virgen de la Fuensanta se abre de par en par para dejar entrar a cuatro individuos armados con escopetas y vestidos con delantales de matadero; la otra mitad del grupo ha quedado de guardia en la puerta; son conocidos como los *cazadores de cabezas*, gente que vaga segando alimañas por las zonas tomadas por los muertos, las conocidas como el *Sudario*, y vendiendo su cosecha a las autoridades. Los guía un tipo algo más demacrado que los demás, con unas crucecitas cosidas a la bocamanga. Se las han arreglado para llegar hasta allí sin hacer ruido, dejando el camión aparcado a unas cuantas manzanas, y sin efectuar un solo disparo, abatiendo a culatazos a los muertos que patrullaban alrededor para no atraer a un grupo demasiado numeroso. No tarda en correrse la voz entre los nueve fugitivos que forman la comunidad de la calle, sin contar a los tres recolectores que siempre están fuera, que se reúnen en el centro de la calle sin atreverse aún a exteriorizar ninguna reacción ante el grupo de rescate.

Los primeros campos de refugiados se establecieron en las explanadas de la feria de abril y en el parque del Alamillo, pero el aluvión de personas buscando cobijo desbordó cualquier previsión, y los campamentos se extendieron espontáneamente, interminables, por todo el Aljarafe ante la mirada impotente de las autoridades y su incapacidad para organizar y abastecer unos asentamientos que apenas eran capaces de proteger del continuo acoso externo de las bandas nómadas de *resucitados* y de los innumerables brotes que se producían en el interior de estas comunidades.

Este gigantesco gueto al aire libre, construido con materiales de derribo y tiendas de campaña, vivía —en la más absoluta miseria— gracias a las descargas aéreas de provisiones, sin más ley que la caza del *resucitado* y la supervivencia a costa del más débil. Nadie sabe la causa exacta por la que se rompió el equilibrio, pero una Nochebuena el contagio se extendió como el fuego por la red de campamentos, las bajas fueron incontables y los cadáveres se levantaron a miles, extendiéndose hacia el centro de Sevilla; los ciudadanos de la zona segu-

ra exigían que se bombardeara a los atacantes, pero la OTAN había prohibido el uso de armas de destrucción masiva. En pocas horas, la plaga llegó al casco urbano, cayeron Triana, los Remedios, el Tardón y solo la frontera natural del río Guadalquivir pudo impedir que arrasaran el resto de la ciudad.

Entre muchos circula la tesis de que fue la propia junta militar quien detonó la plaga entre los campamentos, consciente de que sería más fácil cerrar una zona de muertos, que reprimir el levantamiento de los refugiados hambrientos que más tarde o más temprano terminaría intentando derrocar aquel gobierno.

Algunos de los nueve habitantes de la calle Virgen de la Fuentisanta se han acercado a los liberadores del delantal de cuero, les han hecho preguntas, pero estos no les dirigen una palabra ni dejan de apuntarles con sus armas. No saben si han venido únicamente a libertarles de su aislamiento o con la intención de encarcelarles de nuevo, pero a estas alturas cualquier giro será bienvenido con tal de salir del *Sudario*, llevan mucho tiempo viviendo en el infierno, no hay nada que pueda impresionarles, ni siquiera cuando los recién llegados empiezan a empujarles a golpe de cañón hasta la fachada del centro odontológico. Los refugiados proceden en su mayor parte del Centro Penitenciario Sevilla III, presidiarios que lograron escapar cuando se propagó la no muerte por el presidio, tan irremisiblemente desencajados de la sociedad, que eligieron esconderse en los barrios tomados por los cadáveres; a lo largo de estos meses se les han unido otros evadidos, pero ha habido tantas bajas que el grupo no ha dejado de menguar. Más allá de la cancela han comenzado a menudear los disparos. Aquellos demonios tenían un inexplicable instinto que los empujaba hacia la carne viva y los rescatadores que se habían quedado fuera empezaban a tener dificultades para contenerlos.

El segundo brote multitudinario de la ciudad tuvo lugar en la zona norte de Sevilla. Ahí sí que estuvieron perfectamente localizados los focos de contagio, lo que no está claro es si fue antes el Hospital Macarena, el Tanatorio de San Jerónimo o el Hospital de San Lázaro, de lo que queda constancia es que de forma casi simultánea se convirtieron en tres frentes imposibles de sofocar que muy pronto se propagaron

a los barrios colindantes y desde allí, era una de las áreas de mayor densidad de residentes, amenazaron con ocupar la capital entera. Solo a costa de una gran cantidad de bajas logró dominar el ejército la marea de no vivos que avanzaba hasta el centro, metro a metro, hasta que los zapadores levantaron un muro a lo largo de la ronda histórica que seguía conteniéndolos en la actualidad. Con posterioridad, habían abierto el llamado *Pasillo Asegurado*, que unía la Ronda Histórica —a través de la Resolana, Torneo y el Puente de la Barqueta— con el *Sudario* del norte. Su utilidad era muy relativa, pero servía para preservar la ilusión de que los muertos no se habían apoderado de la mayor parte de la metrópoli.

Los tipos del delantal se muestran cada vez más nerviosos ante los disparos del exterior. Solo el individuo de aspecto enfermizo permanece imperturbable, paseándose entre los comuneros de Virgen de la Fuensanta, evaluando con mucho detenimiento a cada una de las mujeres del grupo. Al final la encuentra al fondo del grupo, una chica muy guapa y muy joven que acepta su examen de muy mala hostia, rapada al cero. Le inspecciona las orejas para asegurarse de que los tatuajes que lleva en los lóbulos son una estrella de David y una esvástica, deja caer la mano con suavidad sobre su hombro y vuelve la mirada hacia sus compañeros, que asienten con gravedad, como si todo aquello estuviera previamente planeado. El cazador de cabezas, con su grueso delantal de cuero manchado de sangre reseca, la toma de una de las muñecas sin miramientos y se la lleva hacia la puerta enrejada.

La superficie donde permanecían congregados los ciudadanos de Sevilla se circunscribía a una superpoblada bolsa limitada al oeste y al norte por el río y el muro de contención; lo que se encontraba más allá era conocido como el *Sudario*; un inabarcable terreno en el que convivían algunos núcleos de supervivientes que habían preferido la epidemia al presidio como los prófugos de Virgen de la Fuensanta, colectivos de infectados que habían cruzado la línea antes de que los eliminaran las autoridades, reductos inclasificables de seres que apenas podían seguir entrando en la categoría de humanos y cientos de miles, millones de muertos andantes.

Ninguno de los refugiados en la calle Virgen de la Fuensanta mantiene dudas de que deben su subsistencia a Guillermo Vázquez, un conatable condenado por desfalco de sesenta y seis años que supo reaccionar de forma inmediata cuando la caterva de resucitados se aproximaba hasta este barrio, organizando a la mitad de los evadidos para provisionarse en los comercios cercanos mientras la otra mitad tapiaba todas las entradas a la calle para que las alimañas no pudieran entrar; él había mantenido la unidad y la coordinación durante estos meses y era a él a quien se dirigían todas las miradas mientras los tipos de los delantales seguían encañonándoles contra la pared, así que Guillermo se creyó en la obligación de avanzar un poco e interceptar al cazador que se llevaba a la chica y que parecía ser el jefe para pronunciar unas palabras en nombre de las personas a las que de forma natural representaba.

Pero no llegó a pronunciar ninguna.

Al tercer paso, el cazador de las cruces en la bocamanga le encajó la culata entre los dientes, dejándole en el suelo sin sentido. Una vez allí, le volvió a acercar la escopeta, esta vez por el lado del cañón, y le hizo desaparecer media cabeza de un disparo.

Era la señal que esperaban el resto de los recién llegados para acribillar contra la fachada a lo que quedaba de la colonia de fugados de Virgen de la Fuensanta.

11

Putas escaleras.

Chokos respira profundamente antes de que se lo coman.

No mueve un músculo.

A siete peldaños del suelo, espera que los tres resucitados sigan subiendo a por él mientras que los que lo perseguían desde el tercero ya están a la vista.

No se mueve.

Dentro de unos segundos se va a encontrar en medio de dos de aquellos grupos de bestias, puede distinguir sus dientes erosionados, sus encías carcomidas, sus difuntos ojos tan tan vivos.

Cuando ya lo están tocando, se apoya con ambas manos y salta la barandilla, tiene suerte de aterrizar sobre la pierna no dañada, tiene suerte.

Los dos frentes de vecinos muertos han quedado arriba, mirándose unos a los otros, desconcertados por el momento.

Parece que Chokos ha echado a correr hacia la puerta, pero desvía su trayectoria hacia su compañero y lanza un puntapié a la cabeza de la alimaña que se está atracando con sus intestinos haciéndola volar varios metros más allá; se agacha junto a Fali y le da la vuelta hasta alcanzar su revólver y metérselo en la cintura. Desde luego que no le movía ningún ánimo compasivo, Chokos no tiene de eso.

Después saca su propio S & W para vaciar y volver a rellenar el tambor con un cargador rápido. Los muertos ya bajan la escalera, rastreándolo. Duda un momento sobre si dispararles o salir de allí, pero lo que roza su bota son las uñas de su compañero, que empieza a resucitar, así que decide marcharse lo antes posible.

En la calle, es llegar y ser detectado por los muertos.

Empuña ambos revólveres, sopesando en qué dirección correr. La furgoneta cerrada está a un paso, pero mientras fuerza la puerta y hace un puente, aquellos seres tienen tiempo de tragárselo veinte veces.

Ha sido casi de reojo como ha descubierto que uno de ellos no se mueve como los demás. Al otro extremo de la calle, a más de veinte metros de distancia. Un repartidor que ha salido de un portal, completamente alelado, abre el portón trasero de su monovolumen rotulado con el anagrama de Ecoeste mientras varios resucitados avanzan hacia él.

—¡Cuidado! ¡Los muertos! ¡Entra en el coche! —ya se ha puesto en marcha a toda prisa hacia el repartidor mientras le grita.

—... —Continúa con lo suyo, ordenando unas cajas en el vehículo, sin percibir nada; es posible que tenga un MP3 o algo parecido enchufado en las orejas, o que se sea así de estúpido.

Chokos sabe que su mejor posibilidad es montarse en el monovolumen junto a aquel tipo y salir del barrio motorizado, así que aprieta a correr y a gritar hacia él.

—¡¡A tu espalda, gilipollas!!

Por fin levanta la mirada el repartidor, un chaval con la cara llena de pecas, y abre los brazos como preguntando de qué va la cosa. Demasiado tarde para explicarle que la cosa va de una gorda muerta que ya le está arrancando el pescuezo a mordiscos.

No tiene sentido cambiar de dirección, así que Chokos se olvida de la cadera y de la falta de aire provocada por el millón de millones de paquetes de tabaco que se ha fumado en lo que lleva de mes y sigue corriendo hacia el final de la calle.

Todos los muertos, pero todos los muertos del mundo, se vuelven contra él.

Cuando alguno está a punto de interceptarlo, le dispara sin detenerse a apuntar; necesita salir de allí, pero aquellos seres salen de todos lados.

Vuelve a repetirse que no tiene sentido aquella proliferación de *apestosos* en un barrio como aquel, donde lo normal es que se tomen toda clase de previsiones. Puede ser que se haya producido más de un brote al mismo tiempo, puede ser cualquier cosa.

El revólver de su compañero chasquea a vacío y se lo arroja a la cabeza a un chico que no parece ni notarlo.

Lo peor es que al ser no vivos recién convertidos, mantienen intactas sus facultades; tendrán que pasar semanas o meses para que se conviertan en esos monigotes lentos y torpes que circulan por el Sudario.

La esquina está muy cerca, pero ellos están prácticamente encima. Se da la vuelta para disparar mientras avanza de espaldas, pero no es uno sino cuatro los que están a punto de alcanzarle, aunque lograra abatir a uno o a dos no sería suficiente.

Entonces caen los cuatro.

Después otros cuatro más.

Con sus trajes negros de faena y las caras pintadas también de negro bajo las boinas inclinadas, imponentes, un pelotón de las Brigadas de Contención dispara sus HK—G36 con lanzagranadas acoplable AG—G36E para crear una barrera de fuego que protege la retirada de Chokos, hasta que abren filas para permitirle pasar a través de ellos y ponerse a salvo.

Unos metros más allá, el amortajador se deja caer al suelo para recuperarse.

Lo primero que hace es comprobar que el sobre con el dinero que ha robado sigue en el bolsillo interior.

Canaán.

12

Trespalacios aparca el Opel Astra con la puerta derecha trasera hundida que le han proporcionado en el garaje de la comisaría detrás del patrullero que monta guardia ante la puerta de la iglesia de la Encarnación y lo que descubre casi le lleva a poner de nuevo el coche en marcha y largarse de allí.

Está claro que ya se ha extendido la noticia de que un niño ha sido ahogado en agua bendita.

Se coloca la cartera en el bolsillo del chaquetón para dejar al descubierto la placa y sin prestar atención al desganado saludo de los dos agentes uniformados se acerca al grupo congregado junto al portón para comprobar que realmente ha visto lo que cree.

Una mujer de unos cincuenta años con hábito morado lo recibe absorta y radiante, los brazos en cruz, las palmas de las manos clavadas con gruesos clavos a la fachada de la parroquia. La rodean dieciocho o veinte personas vistiendo el mismo ropaje, postrando las rodillas desnudas sobre el frío empedrado y desafiándole con la mirada a que intente deshacer la representación.

Los hilos de sangre que surgen de las manos de la mujer hace mucho que han llegado al suelo para alimentar a la multiplicidad de seres vivos que se desarrollan en la suciedad de las aceras, seres que terminarán creciendo y creciendo para rebañar algún día los reducidos humanos que dejen los muertos vivientes.

En la pared puede leerse Fraternidad Juramento.

El teniente vuelve junto a los uniformados.

—¿Han comunicado esto a la central? —les pregunta, intentado que alguno de los dos le mire a los ojos.

—Nos han dicho que todos los patrulleros están ocupados, que si dentro de media hora siguen aquí, informemos —responde uno de ellos examinándole los zapatos.

Trespacios está a punto de decirles que desclaven ellos mismos a la mujer, que la lleven a un hospital, que disuelvan al resto de los fanáticos, que detengan a los que ofrezcan resistencia... una estupidez.

Desde que se desencadenó la catástrofe, el país entero había caído bajo una ola de religiosidad extrema, repoblando las calles de una enorme variedad de sectas capaces de las conductas más extravagantes, y el ultracatolicismo no era de las más moderadas. En cada zona del mundo se denominaba de una manera distinta al fenómeno por el que comenzaron a levantarse los cadáveres, la *plaga*, la *epidemia*, el *alzamiento*, el *despertar*, el *renacimiento* y mil variantes más; en España se le conoció desde el principio como la *Resurrección*.

Intentar ahuyentar a aquella gente con tan pocos efectivos solo llevaría a un altercado mucho mayor.

Que se jodan.

Se dirigió a la iglesia sin decirles nada más a los agentes.

Al abrir la puerta se encontró con el sargento Bonifacia que salía con un cigarro encendido.

Debió haber sido un tipo muy fuerte en su juventud y no se conservaba mal para sus setenta y cuatro años, con sus gruesos lentes ahumados de aumento, el mechón de canas amarillentas a tono con los dientes cruzándole el cráneo, y la barriga bajo el cinturón que se abrocha a la altura de las axilas.

—Hombre, teniente —tirando el cigarro al enlosado del templo sin molestarse en pisarlo. Cuánto tiempo.

—Bonifacia.

—Le estábamos esperando.

—Ya.

Dos focos conectados a una batería de automóvil que han colocado los de la policía científica resquebrajan la helada penumbra de la nave de la iglesia; los miembros del equipo trastean alrededor de la pila bautismal. Más allá, un par de agentes, que estaban contándole algo muy gracioso a un sacerdote manifiestamente amariconado

adoptan su gesto más grave al sentir la mirada del oficial recién llegado. Una detective particular a la que conoce hace años es la única que de verdad presta atención al niño.

—Me han llamado de la central —le dice el sargento—. Parece que se hace usted cargo de la investigación.

—No —camino de la pila—. No es que lo parezca.

Con su andar de animal viejo y reconcentrado, Bonifacia lo sigue, muy divertido.

—Rafael —la detective es la única que saluda al teniente.

—Artizar —apenas la mira, fascinado por la estampa del niño de unos ocho años, con los pies y las manos amarrados en torno a la base del depósito de agua consagrada, la cabeza encapuchada sumergida en el líquido rojizo, el agujero en la nuca, el jersey de mezclilla.

Un miembro de la científica se acerca para reportar arrastrando los pies.

—¿Y ese agujero en la cabeza? —Trespacios por todo saludo—. Me dijeron que había sido estrangulado.

—Se lo hicimos nosotros. Es que había resucitado cuando llegamos —muy seguro—. Para alterar lo menos posible la escena del crimen se le disparó con un arma de bajo calibre.

—Muy compasivos.

—Podía haber sido peligroso —lo apoya Bonifacia.

—Claro —el teniente, con cara de asco—, un niño muerto amordazado y atado de pies y manos contra ocho policías. Por poco no la cuentas.

—...

—¿Se confirma que lo estrangularon? —Trespacios, a cualquiera de los dos.

—Posiblemente, aunque deberemos esperar a la autopsia —el de la científica, muy envarado.

—¿Algo más?

—A la espera de laboratorio.

—¿Y del asesino?

—Nada de momento. Recibirá nuestro informe.

—Lo miraré con todo detenimiento; espero que no le falte una puta coma —el teniente, con mucha mala leche.

—... —el otro no dice nada pero sonrío con la suficiencia de saber que, con la que está cayendo, nadie va a perder el tiempo tramitando sus posibles acusaciones de negligencia; después se aleja para seguir haciendo como el que trabaja.

—Y tú, ¿has averiguado algo del niño? —le dice al sargento.

—Todo —sacando un cuadernito—. Se llamaba Ricardito, Ricardo Osma. Vivía aquí cerca —le recita el domicilio a Trespalacios que, a su vez, está anotando cada dato—. Es hijo de una habitual.

—Una feligresa.

—Pues eso. El cura lo ha reconocido. Por cierto que, según él, el padre fue denunciado por malos tratos al chico.

—¿Lo has verificado con la central?

—No, todavía no.

—¿Se ha avisado a los padres?

—Sí, pero él no ha venido. Quien ha estado aquí es la madre, pero se la ha llevado una vecina con medio ataque de nervios.

—¿Le has preguntado dónde está su marido?

—No, eh... Estaba muy afectada.

A Trespalacios le cuesta dejar de mirar al niño, pero no soporta a Bonifacia, no puede concentrarse con él delante.

—Contacta con la central; verifica lo de la denuncia del padre y a ver si puedes averiguar algo más.

—... —el sargento extrae el móvil y empieza a marcar.

—Aquí, no; fuera.

Su subordinado cambia el teléfono por un cigarro y se va.

A pesar de la dejadez de los funcionarios y de los escasos medios disponibles, no deja de extrañarse Trespalacios de que en la recta final del mundo, a un paso de que la especie humana desaparezca para siempre, se dedique esta atención al asesinato de un crío de barrio que en principio no parece destacar por nada especial.

—Hola —le dice Artizar, de nuevo a su lado, en voz muy baja; se había olvidado de ella.

—Hola —sin mirarla—. ¿Vienes de una barbacoa?

—Se me ha quemado la casa esta mañana.

—Vaya, ¿mucho desperfecto?

—No. Algunos recuerdos.

—Eso siempre viene bien.

Nunca han trabajado juntos, pero hace tiempo, cuando ella aún era una brillante policía adscrita a la brigada de información antiterrorista, coincidieron en un cursillo. En aquella época ella tendría unos diez años más que él, ahora los malos tragos los han igualado.

Artizar Ansuategui llegó a hacerse muy famosa entre sus compañeros cuando fue acusada de complicidad con su esposo, que abusaba de la hija de ambos; el tipo terminó suicidándose después de acabar con la niña de seis años. La mujer, que siempre afirmó desconocer las prácticas de su marido, fue forzada a abandonar el cuerpo, estuvo en prisión preventiva durante dos años y al final fue liberada por falta de pruebas concluyentes. Desde entonces se buscaba la vida como detective privado.

—¿Te ha contratado la madre? —extrañado Trespalacios de que la familia del niño haya tenido tiempo de buscar un investigador y de que la haya elegido a ella.

—No.

—¿No me lo vas a decir?

Habrá cumplido unos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro, mantiene un buen tipo bajo los viejos vaqueros y no tiene más arrugas de la cuenta en el rostro demasiado alargado; no lleva a la vista las huellas de lo que ha hecho o le ha pasado, así que deberá llevarlas en otro sitio.

—Podrías haberme echado en cuanto llegaste. Sí, sí te lo voy a decir. Me han llamado desde la archidiócesis hace un rato para que me pasara por aquí y me enterara de cuanto pudiera —responde la mujer clavándole los ojos.

—¿Cómo es que Bonifacia te ha dejado quedarte?

—A cambio de una *prestación* que hemos dejado pendiente —no dice más y eso es más malo que cualquier explicación.

—Ya sabes tanto como yo. Ándate con ojo con los curas. Desde la *Resurrección* tienen más poder que nunca en esta ciudad.

—Sí... —le da la espalda—. Nos veremos.

Aprovechando que la salida de la detective ha interrumpido los cuchicheos del sacerdote y los agentes, el teniente se acerca a ellos.

—¿Molesto? —les dice a los tres.

—Yo no sé nada —se defiende el religioso.

—Salid a vigilar a los locos que hay ahí fuera —les ordena a los de uniforme que salen sin rechistar. Después se queda frente al cura, un tipo bajito muy bien afeitado, el tipo mejor afeitado que ha visto en toda su vida—. Me han dicho que conoce usted a los padres del niño.

—A la madre, solo a la madre. Pobrecilla. De vista.

—¿Nunca ha hablado con ella?

—Casi. De los cursillos de catequesis para preparar la primera comunión de Ricardito, que Dios tenga en su gloria, y cosas así. Lo normal.

—¿Sabe usted algo de ellos? ¿Algún problema familiar? Algo.

—Nada, nada.

—Pero sí sabe que el padre fue denunciado por maltratarlo.

—Eso me han dicho. Tampoco es que sea seguro seguro.

El sargento Bonifacia ya debía haber entrado hace tiempo con la confirmación.

Se queda en silencio y el sacerdote se ve en la obligación de repetir:

—Dios lo tenga en su gloria.

Trespalacios se marcha mientras aún puede contener las ganas de decirle que si Dios quiere retener a alguien en su gloria deberá sustituirla por un campo de concentración.

13

—Para comerle todo el coño —declara solemnemente el soldado sin quitar el ojo de la mira telescópica de su fusil.

—¡Qué cabrón! —dice su compañero que juega al buscaminas con un cigarro en los labios.

—Pero todo el coño, vamos.

—¿Lo harías? Comérselo a una de esas muertas —sonríe, imaginándoselo.

—A esta sí. Tú es que no se lo has visto.

—¿Pero lo lleva al aire? —levanta la vista del ordenador portátil, mucho más interesado.

—Va en pelotas. ¿Quieres mirar?

—Trae.

Durante los más abrumadores momentos de la expansión de resucitados en el oeste de la ciudad que dio lugar al primer Sudario, el gobierno militar llegó a pensar que no podría controlar la situación y ordenó volar todos los puentes que cruzaban el río Guadalquivir excepto el de Triana y el de la Barqueta, pero se rumoreaba que las cargas explosivas que colocaron en ellos durante aquellos días seguían allí, por si había que detonarlas en cualquier momento.

El puente de Triana era el punto más sensible en la línea defensiva contra los muertos andantes de aquella parte de la ciudad, suponía la única vía accesible entre los dos mundos por aquella parte de la ciudad. En la salida al área infectada, habían instalado una verja electrificada y construido un búnker con una dotación en alerta permanente; en el centro de la pasarela, un par de enormes autocaravanas constituían el sector de cuarentena, hoy apenas usado; y en la entrada desde zona segura, habían levantado un pequeño cuartel fortificado que compartían un destacamento de infantería y la Guardia Civil Marítima.

—¿A que está tierna?

—¡Hostias!

—¿Ves?

—Esa tía está viva.

—¿De qué hablas?

—De tu puta madre, mamón.

—Déjame mirar otra vez.

—No, no te dejas mirar. Avisa al sargento: hay una civil haciéndonos señales a unos dos metros de la verja; una chica joven sin señales de infección; el terreno está despejado a su alrededor; esperamos su autorización para abrirle la entrada.